

Nota a las cartas: Canetti e Ishaghpour entre Oriente y Occidente

ANDREA BORSARI*

Nacido en Teherán, de familia hebrea, Youssef Ishaghpour vive en París desde 1958, donde se formó estudiando cinematografía (École Louis-Lumière e Institut des hautes études cinématographiques) y filosofía (con Lucien Goldmann), y donde hoy enseña historia del arte y del cine en la Universidad de París V¹. Autor de una veintena de libros, dedicados al cine (como *D'une image à l'autre. La nouvelle modernité du cinéma*, Paris, Denoël-Gonthier, 1982; y *Opéra et théâtre dans le cinéma d'aujourd'hui*, Paris, La Différence, 1995; *Cinéma*, Paris, Flammarion, 1996; las monografías sobre Visconti, Ozu, Godard, Kiarostami, y tres volúmenes de *Orson Welles cinéaste. Une caméra visible*, Paris, Flammarion, 2001) y al arte (entre otras, *Aux origines de l'art moderne. Le Manet de Bataille*, Paris, La Différence, 1995 (2ª ed.), los volúmenes sobre Courbet, Poussin, Seurat, la miniatura persa y *Morandi. Lumière et mémoire*, Tours, Fàrrago, 2001), Ishaghpour, además, se ha puesto a prueba con trabajos sobre escritores y filósofos (como en *Paul Nizan. L'écrivain et la politique entre les deux guerres*, Paris, Le sycamore, 1980; *Lucien Goldmann, Lukács et Heidegger*, Paris, Denoël, 1973; y precisamente *Elias Canetti. Métamorphose et identité*, Paris, La Différence, 1990).

En la estela de una cita de *Masa y poder*, que servía para explicar el cristal de masa de los instrumentistas, la descomposición y recomposición del orden en *Ensayo de orquesta (Prova d'orchestra*, 1979) de Federico Fellini, al inicio de los años ochenta, arranca el ascenso ligero del curso de los acontecimientos, la inclinación de las trayectorias que ha llevado a Ishaghpour a su encuentro con Elias Canetti. De hecho, ahí se origina la invitación de Lionel Richard a formar parte de la semana de transmisiones radiofónicas que France Culture estaba dedicando al escritor de Rustschuk, en las que Ishaghpour encontró a Gerald Stieg, el germanista de París III amigo de Canetti, que lo involucrará desde entonces en una serie de iniciativas y publicaciones canettianas. Nacen así las contribuciones «Pour saluer Canetti» (*Austriaca*, nº 2, 1983; tr. al. «Variationen über den Selbst-Denker Canetti», en *Literatur und Kritik*, 1983, pp. 177-178), «Canetti: métamorphose

* Via Garagnani, 15. 41100 Modena (Italia), andrea.borsari@nettuno.it, Università di Firenze.

1 Cuando no se remite directamente a otras fuentes, la información contenida en esta nota procede de una conversación (París, Café Beaubourg, 6 de abril de 2002) y del intercambio epistolar que precedió y siguió a la misma (en particular la carta de Y. Ishaghpour del 10 de abril de 2002), entre quien escribe y el mismo Youssef Ishaghpour. Sobre las relaciones de Elias Canetti con Francia, véanse las entrevistas concedidas a Gerald Stieg en 1979 y a Raphaël Sorin en 1968: «Questions à Elias Canetti» y «Elias Canetti en France (A propos de *Die Blendung*)», en *Austriaca. Cahiers Universitaires d'Information sur l'Autriche*, Université de Haute-Normandie, Centre d'Études et de Recherches Autrichiennes, nº 11, (noviembre de 1980), pp. 17-30 y 121-125.

et identité» (*Passé Présent*, nº 4, 1984; tr. al. «Zu Masse und Macht», en F. Aspetsberger y G. Stieg (eds.): *Elias Canetti. Blendung als Lebensform*, Königstein/Ts, Athenäum, 1984) y «Elias Canetti» (*Cahiers de la Différence*, nº 7-8, 1989; tr. al. «Masse und Macht im Werk Elias Canettis», en J. Pattillo-Hess (ed.): *Tod und Verwandlung*, Canetti-Symposion, Wien, Kunstverein, 1989), que Ishaghpour finalmente hará confluír en su libro sobre Canetti².

Y será precisamente después de haber leído el primero de los textos citados —los mismos a los que alude en la primera de las dos cartas presentadas aquí— cuando Canetti escribirá a Stieg (diciembre de 1983) para manifestarle su satisfacción, haciendo emerger al mismo tiempo aquello que permanecerá como un matiz constante en sus relaciones con Ishaghpour: el elemento «oriental». «Ishaghpour —en efecto, escribe Canetti— es la primera reacción de sentimientos ‘orientales’ en mi obra. Este tipo de magnanimidad me hace feliz porque estimula y mueve una fuerza de pensamiento y una agudeza instruidas occidentalmente». Al mundo oriental remite el Irán de Ishaghpour que tanto despertaba la curiosidad de Canetti, también por el análisis de la dinámica de las masas puesta en movimiento por la revolución iraní, como muestra la referencia dentro de un mensaje posterior a Stieg (octubre de 1987), en el que a la simpatía intelectual se añade la participación en el sufrimiento personal (un problema de vértigo que ambos han experimentado): «Saludos cordiales a Ishaghpour de mi parte. Conozco su sufrimiento, de hecho, ya desde hace tiempo estoy en tratamiento por trastornos del equilibrio. Es tremendo y —al menos para mí— se interrumpe bruscamente y regresa tan sólo después de un par de semanas. Su desesperación por Irán es hasta demasiado fundada. Allí no puede terminar más que de forma completamente terrible. Una masa de tal intensidad no se ha dado desde hace mucho tiempo. El horror de su disgregación es casi irrepresentable». Por otra parte, el libro de Henri Sterlin, *Isphahan. Image du Paradis*³, al que alude el paraíso que sella la primera de las dos cartas aquí publicadas, y que acompaña el arranque de la relación directa entre los dos, vuelve a evocar uno de los lugares en torno a los que se mueve el relato de *Masa y poder*, el Isfahán «capital» de la gran «fiesta del muharram de los chífes»⁴, en el que se celebran la pasión y el martirio de Hussayn, el nieto de Mahoma al que hace referencia el islamismo chií, para Canetti ejemplo y modelo de religión del lamento. A Hussayn, el profeta, se le confía la función de intercesor y mediador, junto a las llaves del Paraíso: «Ve y salva de las llamas a todo el que durante su vida haya vertido aunque solo sea una lágrima por ti [...]. Condúcelos a todos contigo al Paraíso»⁵. Sin embargo, la alusión de la primera carta al «paraíso» aún no cerrado, sirve para indicar una distinción respecto a esta tradición y se refiere si acaso al complejo monumental de Isfahán, antigua capital de Persia bajo el reino de los shas (1502).

Además de esto, lo «oriental», cuyo «espíritu» es reivindicado y compartido con orgullo en la carta de enero de 1992, servirá sobre todo para entenderse —sugiere Ishaghpour—, como «un modo púdico de no querer pronunciar el término *judío*», según el doble movimiento —de profundo arraigo y de imposibilidad de abandonarse a una adhesión pacificada a la tradición— al que parece referirse el reconocimiento entusiasta con el que Canetti acoge, en la primera lectura aquí presentada, el capítulo dedicado a *Las voces de Marrakesch* en el libro de Ishaghpour («su capítulo lo siento ahora tan cerca como el libro mismo»). El viaje a Marrakesch, en efecto, es descrito en

2 Y. Ishaghpour, *Elias Canetti. Métamorphose et identité*, La Différence, París, 1990. Traducción italiana: *Elias Canetti. Metamorfosi e identità*, trad. de Susi Pietri, postfacio de Andrea Borsari, Bollati Boringhieri, Turín, 2005.

3 H. Sterlin, *Isphahan. Image du Paradis*, París, La bibliothèque des arts, 1976.

4 E. Canetti, *Obras completas I. Masa y poder*, ed. y trad. de Juan José del Solar, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2002, pp. 178-190.

5 *Ibidem*, p. 188.

éste como un «ir a los orígenes, a Oriente, a Bulgaria, a Turquía e incluso más lejos», un ir más allá de los dualismos del pensamiento occidental, hacia una forma que los excede, «junto a lo que es más personal y al exotismo extranjero»⁶. Canetti es, pues, «un exiliado que no se adapta a su exilio, a ser el eterno espectador, a permanecer fuera, como sujeto de una mirada», es decir, experimenta nostalgia por la «comunidad que da al mundo y a los seres su consistencia sustancial» y no se limita a «describir tan sólo una comunidad de la que no forma parte», sino que se encuentra también «en comunidad con otros y toca de esta forma un fondo que les permite ser y escuchar»⁷. Un sentimiento que culmina en la visita a la Mellah, el barrio hebreo de Marrakesch, frente a su «corazón», su plaza interna: «Tenía la impresión de estar realmente en otro sitio, de haber llegado a la meta de mi viaje. No quería irme de allí, allí había estado ya cientos de años antes, pero lo había olvidado y de pronto volvía todo a mí otra vez. Allí encontré la densidad y el calor de la vida que sentía en mí mismo. Yo *era* aquella plaza cuando estuve allí esa vez. Y creo que sigo siéndolo»⁸. Es ésta —comenta Ishaghpour— «la nostalgia de una tierra prometida, de un lugar, de un sitio», propia del «*judaísmo*», religión «de la voz y de la escucha», no «de la imagen o de la mirada», nación «siempre en camino en el desierto», no «nación entre las otras»⁹.

A través del nombre, su mismo nombre pronunciado y «sopesado» por el patriarca que Canetti encuentra en la Mellah, sucede el reconocimiento, se produce la comunidad; como ocurre en la tradición judía, por medio del nombre tiene lugar la escucha y la posibilidad de nombrar la diversidad de las cosas. En el patriarca, el padre del joven entrometido que se le había propuesto como guía, Canetti reencuentra y condensa el propio «padre muerto demasiado pronto», el «lenguaje de los antepasados, hasta el patriarca Abraham», el «alter ego» de sí mismo, el «literato, aquel que lee los libros toda la noche». Y, sin embargo, frente al umbral, frente al contacto, Canetti se detiene, no podrá aceptar la invitación del padre a formar parte de la fiesta religiosa de Purim, no conoce ni los usos ni las oraciones: «Seguro que habría leído todo equivocadamente y sólo habría podido recitar las oraciones como alguien que nunca reza. Sentí vergüenza de aquel hombre mayor que tan bien me había caído y quise ahorrarle ese mal rato. De modo que con el pretexto de trabajar me obligué a rechazar la invitación y a no verlo nunca más. Me basta con haberlo visto una vez»¹⁰. La nostalgia por la plenitud de los nombres y de las cosas encuentra aquí su límite. Romper el diafragma que lo separa de la comunidad marroquí le hace sentir la distancia que lo aleja de ésta. Canetti «es tan sólo de origen hebreo, no participa en ninguna comunidad. De su ser hebreo retiene quizá la capacidad de metamorfosis, de estar al mismo tiempo dentro y fuera, en la identidad y en la diferencia. Y también el ser un solitario, un pensador y un escritor moderno»¹¹.

Junto al motivo «oriental» sobre el que nos hemos detenido con más calma, son muchos los motivos que sobresalen de las dos cartas que se publican aquí como complemento suyo y como complemento *afterword* del ensayo de Ishaghpour *Metamorfosis e identidad*. El lector de la obra de Canetti no podrá más que estremecerse frente a la noticia de una real ceguera suya, al hacerse literal el «cegamiento como forma de vida», y con toda probabilidad se dejará intrigar por las

6 Y. Ishaghpour, *Elias Canetti. Métamorphose et identité*, op. cit., p. 116.

7 *Ibidem*, pp. 119-120.

8 E. Canetti, *Las voces de Marrakesch. Apuntes después de un viaje*, en *Obras completas III. La escuela del buen oír*, ed. y trad. de Juan José del Solar, prólogo de José Manuel de Prada, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2003, p. 623.

9 Y. Ishaghpour, op. cit., p. 120.

10 E. Canetti, *Las voces de Marrakesch*, op. cit., p. 650.

11 Y. Ishaghpour, op. cit., pp. 121-122.

respuestas puntuales de la segunda carta: la defensa del ciclo autobiográfico; la distancia del *discours* francés; la discusión con la madre y el nacimiento del personaje Peter Kien en *Auto de fe*, «el hijo nacido de la infidelidad de su madre con Strindberg»; la importancia del reconocimiento del Doctor Sonne, que —como había escrito Ishaghpour en su ensayo— ha «reconocido y acogido la maldad» que había en *Auto de fe* y la ha «comprendido, explicado y redimido en la distancia, liberando de esta labor a Canetti»; Sonne, del que «ha aprendido a rechazar el poder, a acoger y restituir todas las cosas, incluido el propio pasado, y, sobre todo, el sentimiento de la santidad de la vida». En definitiva, se expresa en estas cartas la felicidad de haber encontrado al intérprete perfecto, capaz de dominar los léxicos especializados sin quedar prisionero de ellos; capaz de leer la obra como un todo, escapando de las banalidades psicoanalíticas; capaz, precisamente por ser considerado filósofo —«westlich geschult»—, de asignar al trabajo de Canetti su peculiar estatuto entre pensamiento y narración.

Al evocar de nuevo la importancia de la lectura de *Auto de fe* («ningún libro ha mostrado de esta forma el delirio de la vida moderna») y de su amistad con Canetti, en una reciente entrevista de la revista berlinesa *Sinn und Form*, Claudio Magris ha recordado también las razones de una crítica que, a pesar de la irritación que terminó provocando, él no quiso dejar de hacerle («Canetti era tan importante en mi vida que no podía tener con él relaciones diplomáticas»): «El propio autor se parecía a los codiciosos de poder que había desenmascarado tan genialmente. Él quería controlarlo todo. Un escritor debe tener en sí los demonios que denuncia. Estoy seguro de que *Auto de fe* refleja el carácter de Canetti. [...] Quería controlar la lectura de sus libros, su interpretación, su recepción»¹². Y ciertamente nos quedamos muy sorprendidos por la continuidad de interacciones e intervenciones directas que la literatura documenta (sin olvidar, por otro lado, el fondo «alejandrino» del talante postmoderno en el que esta práctica prolifera ya por doquier). Para referirnos a dos momentos extremos de la recepción, es suficiente —a fin de documentar una continuidad tal— mencionar la nota introductoria a uno de los primeros libros dedicados a Canetti, *Kopf und Welt. Elias Canettis Roman «Die Blendung»*, de David Roberts, que agradece a Canetti el que hubiera leído el manuscrito y discutido con él numerosas cuestiones, influyendo no poco en su redacción final¹³, y la carta enviada a David Scott por un Canetti con casi ochenta y ocho años, aproximadamente un año antes de su muerte (18 de julio de 1993), como comentario al texto mecanografiado de su disertación *Metaphor and Thought in Elias Canetti's «Masse und Macht»*¹⁴, en el que se congratula por la originalidad del trabajo («que usted haya adquirido con ello un auténtico mérito está para mí fuera de duda»). Sin embargo —como se ha intentado mostrar—, las cartas que se publican aquí parecen escapar de la obsesión de control y situarse en el espacio descrito por el encuentro afortunado de dos trayectorias que se iluminan recíprocamente, en la celebración de la identidad y la metamorfosis, y en el descubrimiento paradójico de la esperanza después de muchas peripecias —según las palabras con las que concluye el libro de Ishaghpour: «No es en la consolación, con sus frases putrefactas, donde la esperanza puede tener su origen, sino en el conocimiento más oscuro [...]. Cuando se sabe cuán falso es todo, dice Canetti, cuando somos capaces de medir

12 W. Duda y B. Kerski, «Gespräch mit Claudio Magris», *Sinn und Form*, n° 3, (2001), p. 339.

13 Véase David Roberts, *Kopf und Welt. Elias Canettis Roman «Die Blendung»*, Hanser, Mánchen, 1975, p. 8. Antes, se puede ver la carta de E. Canetti del 3 de septiembre de 1969, publicada por D. Dissinger, que abre su *Vereinzlung und Massenwahn. Elias Canettis Roman «Die Blendung»* (Bouvier, Bonn, 1971, pp. VI-IX), y en la que, después de haber destacado la cercanía de la lectura de *Auto de fe* a sus propias intenciones («tan cerca... como para haberme llenado de estupor»), discutió capítulo por capítulo el planteamiento del trabajo.

14 David Scott, *Metaphor and Thought in Elias Canetti's «Masse und Macht»*, Lang, Berna, 1999.

el grado de falsificación, entonces, pero solamente entonces, la obstinación se revela el mejor de los medios: *Así, el tigre va y viene continuamente delante de los barrotes con el fin de no dejar escapar la oportunidad, el ínfimo instante de la liberación*»¹⁵.

La publicación de las dos cartas (25 de noviembre de 1990 y 26 de enero de 1992) ha sido posible gracias a Youssef Ishaghpour, que ha puesto a disposición las copias de los manuscritos en su posesión, y a Johanna Canetti, la hija del escritor, que ha autorizado su transcripción y traducción. Ambas aparecieron ya en italiano, en *Nuova corrente*, n° 129 (2002). A todos ellos el agradecimiento más sincero de los editores de este número de *Daimon*.

Traducción del italiano de Pedro Medina

15 Y. Ishaghpour, op. cit., p. 184.

